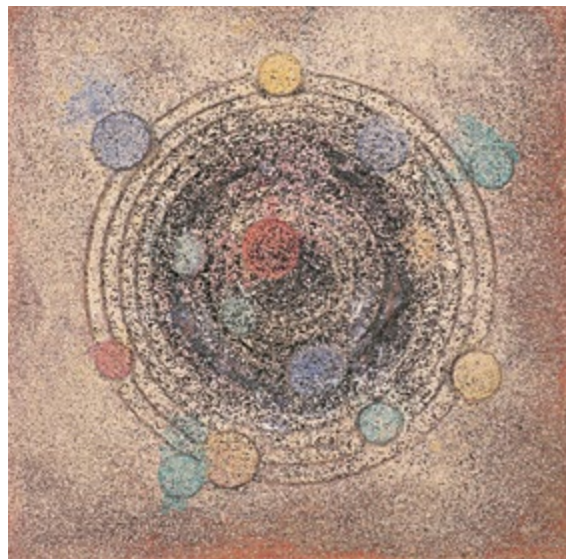




Pequeño cráter 1, 2004



Pequeño cráter 2, 2004



Pequeño cráter 3, 2004

■ No sin cierto pudor puedo afirmar que me considero un creador y recreador de imágenes, pues éste es el medio en el que trabajo. No lo es la palabra, ni hablada ni escrita. Esto me resulta muy doloroso, ya que las ideas que yo pueda tener, más allá de lo que supongo resueltas en el espacio de las artes visuales, nunca han encontrado las palabras adecuadas para expresarse. Se observa con frecuencia, y con razón, que lo mejor que puede hacer quien no sabe hablar es permanecer callado. Yo lo hice durante los primeros veinte años de mi actividad profesional, hasta que en una ocasión una compañera mía, colaboradora de la *Revista de la Universidad*, pidió entrevistarme. Consecuente con mis incapacidades, me negué; pero ella, mes a mes, me hacía la misma petición. Le pregunté el motivo de su insistencia, pensando en que respondería algo así como que los lectores estaban deseosos de oír mis *brillantes conceptos sobre*, o mis *fantásticas opiniones en torno a*. Pero no fue así; no recibí los halagos esperados, sino que se limitó a decirme: “Sabes, te insisto porque me pagan seiscientos pesos por entrevista, y los necesito”. Ante tan contundente razón, acepté.

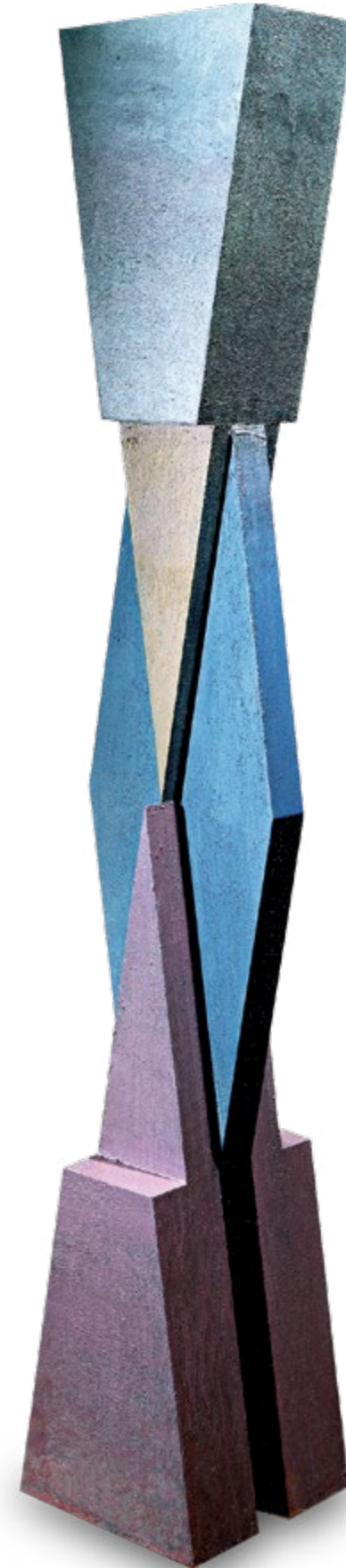
■ Después de pasar seis meses fallidos en La Esmeralda, comencé a tratar de pintar a principios de los años cincuenta en la academia particular de Arturo Suoto. En una ocasión tomó un plato de cerámica y me preguntó de qué color era. Le dije que blanco. Luego tomó un trapo y volvió a preguntarme. Lo mismo sucedió cuando me preguntó el color de la pared. Me puso luego las tres cosas juntas y comprendí que el color blanco de cada una de las tres era diferente, aunque me hubiera parecido simplemente *blanco*. Eso me dio una pauta para entender los secretos de la pintura. También aprendí que los colores no existen de manera independiente. Un azul, por ejemplo, no es igual si está junto a un rojo, a un verde o a un ocre. El color se convierte en otro. Para mí, estos sencillos conceptos, por obvios que fueran, resultaron decisivos. Después de un año dejé la escuela. A pesar de mi juventud, ya pensaba que mi interés era el de *pintar* y no el de ser *pintor*, lo que para mí no es lo mismo.

■ En el comienzo de cualquiera de mis propuestas artísticas ha estado siempre la intención de llenar un vacío, y mi interés real, persistente, ha consistido en adivinar cómo hacerlo, en transitar con el mejor tino posible el trayecto de la intención a su término. Este recorrido lleno de dudas sigue siendo para mí un misterio fascinante (quizá es el mismo misterio que originó mi vocación).

■ Si se supone que un escritor escribe siempre el mismo libro aunque de muchas maneras diferentes, también un pintor puede con infinitas variaciones pintar un mismo cuadro toda su vida. Quisiera que de mí trascendieran no sólo una sino cinco o seis obras; es decir, una de cada serie de las que he realizado: una *Señal*, una *Negación*, un *Recuerdo*, un *México bajo la lluvia*, un *Escenario* y una *Escritura*.

■ Visto de una manera más concreta, y al mismo tiempo más compleja, el arte es un equilibrio entre cerebro (quizá alucinado) y corazón (¿inquieto?), que se funden en razón y pasión. A mí me parece que esta contradicción, esta relación entre semejanzas y divergencias, es la que permite crear la obra de arte.

■ Cuando empiezo a pintar me enfrento a quince telas o más. Simultáneamente, reflexiono en torno a, proyecto, pinto y persigo



Estela 10, 1995



Pequeño cráter 4, 2004



Pequeño cráter 6, 2004



Pequeño cráter 8, 2004